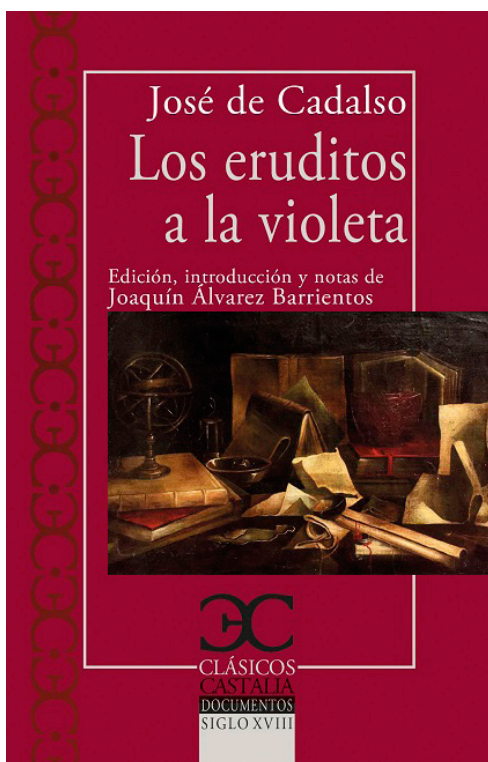


José de CADALSO, *Los eruditos a la violeta*, *Suplemento al papel intitulado Los eruditos a la violeta* y *El buen militar a la violeta*, edición, introducción y notas de Joaquín Álvarez Barrientos, Barcelona, Edhasa (Castalia), 2024, 347 págs.

El siglo XVIII presenció una eclosión de novedades en una multitud de campos, especialmente los relacionados con los conocimientos. Aunque en la religión y en ámbitos cercanos los avances fueron menos destacados, en áreas como las ciencias, el derecho y la filosofía las naciones occidentales intercambiaron datos y prácticas, haciendo difícil si no imposible estar al día en terrenos ya complejos. Las innovaciones confundieron a muchos y fomentaron la existencia de charlatanes que se aprovecharon personal y a veces financieramente de individuos menos educados o inteligentes, pero criados de acuerdo con el saber heredado que habían creído esencialmente fijo. Ante esta situación el intelectual gaditano José de Cadalso compuso en 1772 una sátira, seguida por un suplemento y una secuela menor, para entretener a los inteligentes y posiblemente alertar a los ingenuos sobre las áreas en las que se producían los engaños.

Ahora, por primera vez desde 1772 cuando fueron redactadas, las tres obras satíricas —*Los eruditos a la violeta*, el *Suplemento al papel intitulado Los eruditos a la violeta* y *El buen militar a la violeta*— se publican en una edición crítica con notas e introducción muy amplias de gran calidad. Las tres habían aparecido juntas por primera vez en un volumen de las *Obras* del autor, dadas a luz en Madrid en 1818, pero no captaron la atención seria de dieciochistas hasta la



cuidada edición de Nigel Glendinning en 1967, en la ya desaparecida Biblioteca Anaya. Esa publicación de *Los eruditos* proporcionó una breve introducción por un reconocido experto en Cadalso, eliminando del *Suplemento* las traducciones de los textos en otras lenguas incluidos en *Los eruditos* y prescindiendo enteramente de *El buen militar a la violeta*, el breve folleto publicado póstumamente (1790) y casi inmediatamente prohibido. Glendinning sentó las bases, sin embargo, de una anotación detallada de los dos primeros textos, estableciendo los fundamentos para interpretarlos y entender muchas de las referencias aludidas en los dos primeros folletos del escritor militar.

La contribución a los Clásicos Castalia de Joaquín Álvarez Barrientos, sin embargo, supone un inmenso avance en la interpretación y entendimiento de estas sátiras. Consta de una introducción de 168 páginas, que podría ser un libro en sí, que no solo constituye un ensayo razonado, erudito y perspicaz sobre las tres obras editadas, sino que también supone una iluminadora indagación en la cultura intelectual española del siglo XVIII, demostrando a la vez cómo las sátiras se relacionan con la trayectoria personal de su autor, un camino vital constantemente coloreado por el pesimismo. Estas páginas introductorias se nutren así del enorme conocimiento de Álvarez Barrientos de la España de la época, de su vida literaria pasada y presente, de su relación con Europa, desde una sugerente perspectiva que intenta comprender y explicar las luchas psicológicas de Cadalso.

Al considerar los textos a través de la sociología literaria, Álvarez Barrientos señala la moda dieciochesca de escritos cortos, contrastando las breves sátiras del gaditano (pág. 61) con la extensa obra en francés de Jakob Friedrich von Bielfeld *L'Erudition universelle*, de unas 1500 páginas en cuatro volúmenes (1768); pero las intenciones de Cadalso son diferentes: pretende satirizar y corregir, tal como pone de relieve en la portada de *Los eruditos*, con el subtítulo algo exagerado de *Curso completo de todas las ciencias, dividido en siete lecciones, en obsequio de los que pretenden saber mucho, estudiando poco*. *Los eruditos* y su *Suplemento* se editaron por primera vez en 1772 (68 y 83 páginas con tipografía grande y formato en cuarto), y el escrito más breve, *El buen militar a la violeta*, no publicado hasta 1790, y casi olvidado después, debido seguramente a su inmediata prohibición, solo alcanza las 20 páginas. La cronología completa de redacción, edición y, en un caso prohibición, ocupan párrafos cuidadosamente detallados por el nuevo editor (págs. 50-59). Puntualiza también la recepción de las dos primeras sátiras (págs. 119-140), explicando la prohibición de *El buen militar* (págs. 140-150), que entre otras propuestas extravagantes incluye rechazar «los principios de religión, honestidad y moderación» (pág. 336), texto que el editor no deja de incluir, explicando pormenorizadamente por qué resulta esencial.

Una característica notable de los escritos es la aparente reticencia de su autor a revelar su identidad, evidente en las portadas de *Los eruditos* y *Suplemento* que atribuyen los textos a José Vázquez (pág. 23), empleando su apellido materno, el mismo nombre colocado al final de *El buen militar*, una supuesta carta firmada «El capitán a la violeta», y dirigida al mismo José Vázquez; la cuestión de identidad constituye un *leitmotiv* de la «Introducción» de Joaquín Álvarez Barrientos (pág. 24). El asunto de la esquivez de Cadalso y sus razones para ocultarse, especialmente en el proceso de censura, fueron tratadas hace tiempo por Lucienne Domergue en *Tres calas en la censura dieciochesca* (1981). En un terreno contiguo el responsable de esta edición avisa al lector del error de identificar a Cadalso con el catedrático a la violeta responsable de exponer la erudición a la violeta (pág. 47).

En cuanto a los textos anteriores que podría haber tenido en cuenta el militar gaditano, Álvarez Barrientos indica tres publicaciones: *Virtud al uso, y mística a la moda: destierro de la hipocresía en frase de exhortación a ella* (1729), de Fulgencio Afán de Ribera (83-84), la *Colección de varios escritos relativos al cortejo* (1764) de Luis José Velázquez (86-87), y la *Carta dirigida a un amigo en que se le da razón de las facultades y libros de que debe instruirse [...] cualquiera que aspire a una erudición universal* (1769) de Juan Manuel de Haedo y Espina, el primero y el último señalados ya por Glendinning (1967). Quiere subrayar, sin embargo, que las observaciones personales de Cadalso sobre la sociedad española igualmente podrían ser producto de las vivencias del autor: su educación en París y Madrid, además de las estancias en Francia e Inglaterra, viajes que parecen relacionarse con los consejos dados a su hijo por un padre en una carta del *Suplemento*, antes de que el joven salga al extranjero (págs. 245-249).

Unido a lo anterior, Álvarez Barrientos convincentemente pone el énfasis en Cadalso mismo, haciendo destacar las conexiones entre las tres sátiras y otros escritos del autor, algunos solo rescatados o puestos en valor en las últimas décadas. Destacan la *Memoria* autobiográfica y el conjunto de las cartas sobrevivientes finamente editadas y anotadas por Glendinning y Nicole Harrison en 1979. Se encuentran datos importantes también en la *Defensa de la nación española contra la «Carta persiana» LXXVIII de Montesquieu* dada a luz por Guy Mercadier en 1970, en que Cadalso rechaza la crítica de España contenida en *De l'esprit des lois* (págs. 319-324); de importancia además son algunas alusiones personales en los *Ocios de mi juventud*, el poemario de Cadalso exquisitamente editado por Miguel Ángel Lama en 2013. Y de especial interés para profundizar en la mentalidad del escritor, según Álvarez Barrientos, son sus reflexiones en la *Protesta literaria* que preludia las *Cartas marruecas*, que aclaran los objetivos y motivaciones del autor (págs. 60-62). Estos comentarios y su conexión con las

tres obras satíricas aclaran a la vez la importancia de la profesión de escritor que asumía Cadalso esporádicamente (págs. 64-68) y que sirvieron como tema central del imprescindible estudio de Álvarez Barrientos *Los hombres de letras en la España de siglo XVIII* (2006). Las *Cartas marruecas* explicitan para Cadalso la manera en que los intelectuales debían «dirigir la nación» (pág. 67), especialmente como consecuencia de las nuevas maneras de pensar que les obligaban a formular su propia comprensión del mundo. Álvarez Barrientos hace hincapié en la importancia para la cultura dieciochesca del conocimiento, su diseminación y la identificación de sus responsables (págs. 99-104), actividad en que la nueva prensa del XVIII participaba de manera extraordinaria (págs. 100-102), como expone Valentín Bravo en *El regañón general*: «se mueven disputas, se rectifican las cosas opinables, se analizan las cuestiones [...] y por último se descubre la verdad por entre el cúmulo de errores que nos rodean» (pág. 101). Es decir, se establece el valor supremo de la verdad y se aclara a la vez lo que son únicamente opiniones.

La tarea que se propuso Cadalso en estas tres sátiras fue abarcar unas áreas muy importantes: el conocimiento en general, la filosofía, la teología, el derecho, las matemáticas (llegando a veces a las ciencias), y las ventajas de viajar. En su Introducción, Álvarez Barrientos presta atención particular al término *eruditos* (págs. 76-80), empleado después de la publicación de Cadalso en el uso común de «eruditos a la violeta». Otro término léxico tomado del francés fue *bel esprit* (pág. 104), un trasvase del país vecino a finales del siglo XVIII. Como conceptualizaciones de los debates de la época Álvarez Barrientos hace destacar el binomio antiguos *versus* modernos (págs. 90-99), muy evidente en el *Suplemento* (325-327). Más sorprendente quizás en 1772 fue el realce dado a la mujer intelectual al principio del mismo texto. Una lectora de *Los eruditos* pide que el responsable de la obra proporcione traducciones al castellano de las importantes citas en otras lenguas de *Los eruditos* (pág. 111); ella irónicamente reflexiona que «los hombres no nos han juzgado aptas para estos estudios» (pág. 254).

En cuanto a los aspectos estructurales, Álvarez Barrientos elabora la idea de que la unidad intelectual de las tres sátiras se evidencia formalmente en que el *Suplemento* y *El buen militar* complementan los propósitos manifiestos de *Los eruditos*. A continuación de las breves «Advertencia» y «Dedicatoria» siguen las siete lecciones de *Los eruditos*, una para cada día de la semana. Lógicamente la del lunes sirve para bosquejar una idea general de las ciencias, cuyo primer párrafo alerta al lector sobre los frecuentes e imperceptibles cambios de tono entre lo serio y lo jocoso y satírico. Las lecciones siguientes se dedican a sendas secciones sobre la poética y retórica, la filosofía, la ley natural, la teología y las matemáticas, temas candentes e incluso llenos de posibles desvíos peligrosos de

las ortodoxias de aquella época. En cuanto a las matemáticas Cadalso puede confundir a los lectores con su empleo de una cantidad de términos supuestamente corrientes, y sobre la filosofía se permite bromear al incluir a Hércules entre una larga lista de filósofos antiguos. El autor —es decir Cadalso— hace alarde de mucha erudición en las secciones de filosofía y teología, aunque los comentarios sobre la secta de los cuáqueros no tocan su actitud hacia aspectos significativos como las creencias y los ritos (pág. 224). Al final una sección miscelánea subraya la falta de equivalentes castellanos de ciertos términos en francés e inglés para costumbres criticadas como si no existieran en España (por cierto, aquí *rake* significa «libertino», pág. 242, nota 156). Se colocan después los consejos de un padre a su hijo a punto de viajar al extranjero sobre la necesidad de atenerse a la razón al formular o leer opiniones sobre los diferentes países.

*El Suplemento*, una continuación lógica de *Los eruditos*, es menos satírico por dedicarse en gran parte a las traducciones de los textos en otras lenguas de la obra anterior. Aquí los comentarios de las versiones castellanas elogian con sinceridad los esfuerzos de varios poetas y dramaturgos españoles. Poco más de una cuarta parte recoge las ideas fundamentales de *Los eruditos*, contenidas en las cartas finales al catedrático de cinco pretensos discípulos suyos, de extensión muy variada, dedicadas a las matemáticas, la filosofía, el derecho, la teología y los viajes (págs. 305-325). Álvarez Barrientos revela que el final muy serio de esta quinta carta comparte muchas opiniones con la entonces inédita *Defensa de la nación española* contra Montesquieu (págs. 319-320).

*El buen militar a la violeta* se compone de una sola carta de un soldado, seguidor del catedrático a la violeta, en que recoge algunos consejos de *Los eruditos* para aplicarlos a la organización y vida militar. Álvarez Barrientos los ve como un posible ajuste de cuentas (pág. 17) que sigue de cerca la historia de las experiencias negativas de Cadalso narradas en su *Memoria* autobiográfica, cuya inclusión en *El buen militar* habrían contribuido a su prohibición en 1790.

En cuanto a las técnicas literarias empleadas por Cadalso, la más destacada es la sátira (pág. 12), de uso casi constante (págs. 68-76) en la instrucción del catedrático y sus seguidores, pero, como se ha indicado antes, el autor alterna sin avisarlo la sátira o el humor con comentarios serios. Cadalso busca efectos graciosos también con su empleo de listas, neologismos, series de palabras esdrújulas y otras expresiones cuyo uso es claramente jocoso. Algunas frases no critican directamente sino que constituyen reproches dirigidos a una situación vigente en España. Por ejemplo, al hablar del viajero que va a visitar el Reino Unido afirma que «En Londres se te ofrece mucho que estudiar. Aquel gobierno compuesto de muchos...» (pág. 245), palabras escritas al principio de una lista de elementos claramente positivos del país. La crítica es más directa, sin embargo, en el

texto de *El buen militar a la violeta*, prontamente prohibido por el Gobierno por el tratamiento de las creencias católicas, ya mencionado, y reproducido ahora en su versión primitiva; los clérigos que lo analizaron vieron también una falta de respeto al ejército español por dar la impresión de que muchos soldados se entregaban a actividades frívolas como la conquista de mujeres y la vida social en lugar de dedicarse plenamente a la seguridad de la nación (págs. 54-59). Sin embargo, Cadalso habría tenido cuidado al dirigir su sátira contra aspectos en cierto modo intocables del absolutismo político de la época.

En suma, la nueva edición extraordinariamente cuidada de Joaquín Álvarez Barrientos demuestra una erudición madura y pormenorizada en un libro igualmente excelente por su estilo, y constituye una aportación bibliográfica sobre Cadalso de indiscutible relevancia tanto para el experto dieciochista como para el estudiante universitario. El análisis de las tres sátiras resulta admirable y los textos reproducidos reciben un tratamiento de una riqueza digna de encomio en notas que encierran una erudición excepcional y detallada, notas que a su vez subrayan la riqueza de los conocimientos de Cadalso. La Introducción llama la atención del lector al ingenio de Cadalso, con intuiciones que penetran comprensivamente las tres sátiras, y manifiestan su relación con la obra entera del escritor-militar. El estudio ilumina para cualquier lector la vida cultural y actitudes de la España de hace dos siglos y medio, un país que se enfrentaba con el significado y nueva importancia del conocimiento y las reacciones a él, evidenciando una conciencia del cambio y de lo nuevo. La nueva edición de Joaquín Álvarez Barrientos nos ofrece un ejemplo modélico de cómo presentar, analizar y entender textos dieciochescos, que en estas tres obras son complejos y paradigmáticos.

PHILIP DEACON